

saba de ella, le pidió permiso para retirarse dándole por motivo para ello, el que no podía determinarse á tener contestaciones con él todos los dias, á causa de su demasiada facilidad. Quiso por este medio obligar al santo Prelado, y consiguió su intento, pues él mismo le propuso que guardase él las llaves de las cárceles, y que se las negase aunque se las pidiese. Francisco no tuvo dificultad en hacer esto; *porque, como le dijo, estas pobres gentes me causan compasion, y yo no podria responder de mi mismo.* El santo Prelado se puso en la impotencia de perdonar á sus sacerdotes, pero le fué preciso tomar un camino mas largo para ir á la Iglesia, porque le hubiera sido imposible resistir á la compasion, que le iuspiraban todos aquellos á quienes veia padecer.

No se emprenderá ahora el decidir sobre el caracter de estos dos grandes Prelados; el uno dulce, el otro severo: la dulzura tiene grandes encantos, la severidad es necesaria algunas veces. Hay espíritus dóciles, y buenos corazones, á quienes desanima y exaspera el rigor. Hay tambien espíritus rebeldes que quieren ser domados, y corazones duros, que es preciso sujetar. La dulzura es mas propia de un padre, la severidad de un juez. Los Obispos son uno y otro. Es pues preciso, que tengan los dos caracteres y que sean á un mismo tiempo dulces y severos: pero ¿quién debe ganar, la dulzura ó la severidad? ¿á cuál de las dos cosas se debe tener mas inclinacion? Parece que Dios ha decidido en favor de la dulzura por un milagro que hizo el santo Prelado en la ocasion misma de que acaba de hablarse.

Habia en las cárceles del Obispado un sacerdote llevado á ellas hacia poco tiempo. Una ardiente calentura le habia hecho perder el uso de la razon. La calentura cesó; pero no volvió el juicio. Por el contrario aquella enagenacion de espíritu se mudó en furor cuando hubo recobrado sus fuerzas. Sus violencias y los continuos escándalos que daba, fueron causa de que al fin fuese

forzoso encerrarle. El santo Prelado, que habia dado la orden para ello, apenas supo que le habian traído á sus cárceles, cuando fué á verle acompañado de sus criados. Una fuerte barrera por detras de la cual podia vérsese, cerraba el paraje en donde se le habia puesto, y apenas era suficiente para detenerle, tanto era lo que habia aumentado sus fuerzas el furor. Dejábase éste ver en sus ojos, y en todo su porte; sus vestidos despedazados, la espuma que echaba por la boca, y los ahullidos mas bien que gritos que despedia, infundian un secreto horror en todos los que le miraban.

El santo Prelado se conmovió á vista de este espectáculo hasta derramar lágrimas; miróle algun tiempo con mucha atencion: y volviéndose despues á los que le acompañaban, les dijo: *ya veis hermanos míos los efectos del pecado, que es la causa primera de todos los desórdenes que existen en la naturaleza. Ya veis como el borra hasta los menores rasgos de aquella divina semejanza, á la cual hemos sido creados, y vosotros debéis comprender cuan grande es el regalo que Dios nos ha hecho, dándonos la razon; y lo que es un hombre que ha perdido el uso de ella. Pero Dios, á quien pertenece este hombre por tantos títulos, que lo ha creado, y lo ha rescatado con su sangre; Dios mas fuerte que el demonio, mas misericordioso que nosotros culpables, no le dejará por mas tiempo en este deplorable estado; roguémosle todos que tenga misericordia de él.* Quedóse despues un rato sin decir cosa alguna, y recogido dentro de sí mismo; y luego mandó que se abriese la barrera.

Todos los que le acompañaban, temblaron al oír aquella proposicion, y temiendo cada uno por él, y por sí mismo, se opusieron á su designio: pero el santo Prelado lleno de fé, y de aquella santa confianza en Dios, á la que no hay cosa que sea imposible, les aseguró que no tenian que temer, y que habia llegado el tiempo de

las misericordias de Dios para aquel hombre. Abrióse pues la barrera: Francisco entró solo, y tomando por la mano á aquel furioso, le dijo: *tened confianza en Dios, hermano mio*. Pusóle en seguida la mano sobre la cabeza, y le arregló el cabello, que estaba muy desordenado. Calmó su furor desde aquel mismo momento, cesaron el desorden y agitacion de su cuerpo, y la tranquilidad se dejó ver en sus ojos y semblante, sin que se le notase ya otra cosa mas que las señales de la confusion, que le causaba el desorden en que se veia.

La mar calmada de repente en medio de lo mas fuerte de una violenta tempestad pasaria sin duda por un gran milagro. No lo es menor tal vez, el volver asi en un momento la tranquilidad á un espíritu desordenado, la paz á un corazon agitado de un furor tan violento, y la salud á un cuerpo, que al fin no podia menos de ceder á los movimientos convulsivos de una enfermedad tan estraña.

Lo que hay mas digno de notarse en esta maravillosa cura, es que fué tan completa, como repentina; y no quedó lugar para dudar de esto, cuando se vió al santo Prelado coger por la mano á aquel hombre tan furioso anteriormente, sacarle de la carcel, y llevarle á su palacio episcopal. Allí le hizo dar ropas, le hizo comer á su mesa, y le envió á su casa tan perfectamente curado, que no volvió despues á resentirse ni aun por asomos de un mal, del que se acaban de contar tan estraños efectos. Padieran referirse otros muchos milagros que cuentan los historiadores del santo Prelado; pero se hará en su lugar. Este basta por sí solo para convencer á los mas incrédulos, de que Dios es siempre admirable en sus santos, de que su brazo no se ha acortado, de que Jesucristo no nos ha engañado al asegurarnos, que los que creyesen, y confiasen en él, harian milagros en todos los siglos, tan grandes y aun mayores que los suyos, y de que el cielo y la tierra pa-

sarian, pero que nada seria capaz de impedir la ejecucion de sus infalibles promesas.

En tanto que pasaba en Annecy lo que acaba de decirse, el Duque de Saboya pacífico, amado de sus vasallos, y apreciado de sus vecinos, no trataba de otra cosa que de la ejecucion del designio, de que ya se ha hablado; y persuadido de que los españoles, sus vecinos por la parte del Milanese se opondrian á su engrandecimiento, y tendrian por una ley, el favorecer á sus enemigos, asi como habian favorecido poco tiempo antes al Duque de Mantua, creyó, que no podia hacer cosa que fuese mas ventajosa al Principe del Piamonte su hijo, que apoyarle por medio de una alianza con la Francia. El socorro que esta nacion acababa de darle contra los españoles, Verceil que se habian visto obligados á devolverle, y la ventajosa paz que acababa de ajustarse por su mediacion, y por sus cuidados, le habian en fin convencido, de que jamas le tendria demasiada consideracion, ni se uniria con ella muy estrechamente. Este sabio Principe dirijia sus miras aun mas lejos; los progresos del Emperador le asustaban, y aprendia, que despues de haber establecido su autoridad en Alemania, trataria de renovar las antiguas pretensiones del imperio sobre la Italia. No habia sino la Francia que pudiera oponerse á un intento semejante, y todos los Principes entre quienes se divide aquella hermosa porcion de la Europa, amenazados del yugo, no podian librarse de él sino por medio de sus socorros.

Todas estas razones le obligaron á enviar á Francia al Baron de Marcieux. Su comision se reducía á dos puntos; á dar gracias á S. M. Cristianísima del socorro que acababa de darle, y de la paz concluida por su mediacion.

Despues de esto debia insinuarse y sondear el ánimo del Rey con respecto al casamiento de Cristina de Francia su hermana, con el Principe del Piamonte. Marcieux halló la Corte de Francia con las mejores disposiciones

que podia apetecer para este casamiento. Enrique IV habia ya pensado en él de antemano, y se hallaba en sus memorias que estaba resuelto á concederlo en caso que se le hiciese la demanda. El aprecio, que se tenia á este gran Príncipe, no permitia que uno se apartase de sus miras; los intereses no se habian mudado, y las mismas máximas subsistian todavía. Pero Marcieux, que no tenia mas caracter que el de agente, no era persona bastante distinguida para consumir un negocio de semejante importancia. Escribió pues al Duque su amo, y este Príncipe destinó al momento para aquella célebre embajada al Príncipe Cardenal su hijo, y al santo Obispo de Ginebra para dirigirle y ayudarle con sus consejos: como era la persona del mundo á quien mas queria y apreciaba el Cardenal, le escribió al momento para testificarle su alegría, y para suplicarle que estuviese dispuesto para cuando fuese á buscarle á Annecy.

La mas grande dificultad, que hubiera podido poner Francisco para este viaje, estaba zanjada por motivo del coadjutor que se le habia dado. Su Diócesis no estaba en peligro de padecer por su ausencia, y no dudaba de que pudiese dejarla algun tiempo bajo la direccion del grande Prelado, que estaba destinado para sucederle.

Por otra parte, estaba persuadido de que si su Diócesis debia serle cara, el Estado de que hacia parte, no debia tampoco serle indiferente; que estando obligado á rogar por él, bien podia darle una parte de sus cuidados, cuando la Providencia le llamaba á hacerlo, sin que él lo hubiese buscado; y no ignoraba que San Ambrosio, y varios otros santos Obispos, autorizados por Dios con los milagros, habian aceptado las embajadas con el único objeto de servir al Estado.

Una razon particular concurrió aun para determinarlo. Una porcion considerable de su Diócesis dependia de la corona de Francia, y tenia asuntos muy importan-

tes que negociar en la Corte, de los que dependia el restablecimiento, ó el afianzamiento de la Religion católica.

Habiéndole convencido todas estas razones, de que nada haria contra su deber, acompañando al Cardenal, le escribió que estaria pronto para cuando pasase, y que estaba tan agradecido, como era justo, al honor que el Duque su padre se habia dignado dispensarle. Despues de esto ya no pensó mas sino en dar las mejores disposiciones para el gobierno de su Diócesis durante su ausencia, á fin de que no faltando en ella sino solamente su persona, no se hiciese alguna mutacion en los reglamentos que habia hecho; en seguida lo encargó así á su hermano el Obispo de Calcedonia, y se reunió al Cardenal, cuando pasó por Annecy. Llevaba este señor en su compañía al Conde de Verue, y á Antonio Faure, primer presidente de la Saboya, é íntimo amigo del santo Prelado, es decir, que el Duque su padre le habia hecho acompañar por las gentes que habia de mayor mérito en la Iglesia, en la milicia y en la toga; pero el que estaba encargado propiamente de la direccion del joven Príncipe era el santo Prelado, los otros no iban allí sino para el decoro debido á su alta categoría, y tambien para ayudarle con sus consejos.

El Duque, al hacer esta eleccion, habia tenido una consideracion muy digna de su acostumbrada prudencia. No tan solamente habia escogido lo mas sabio y prudente que tenia en sus Estados, sino que habia parado su consideracion, en que estas tres personas estaban unidas entre sí con los lazos de la mas íntima amistad; que así obrarian siempre de acuerdo, y ninguno de ellos presumiria gobernar al Príncipe, ni trataria de insinuarle bien en su afecto, en perjuicio del otro. Esto es lo que no sucede sino demasiado á menudo, y no por eso van mejor los negocios de los Príncipes.

El Cardenal de Saboya llegó á París á principios del año 1619, y fué recibido con todos los honores debi-

dos á su nacimiento y caracter. Francisco encontró allí una porcion de sus antiguos amigos, y no estuvo mucho sin adquirir otros nuevos tanto en la ciudad como en la Corte. Las hermosas obras que habia dado al público, le habian adquirido una reputacion extraordinaria; todos le miraban como un Prelado igualmente santo que sabio; no habia negocio de importancia sobre que no fuese consultado, reunion piadosa á que no fuese convidado, ni empresa santa que no animase con su presencia, cuidados y consejo; veíase en la Corte y en la ciudad el mismo empeño en ponerse bajo su direccion, y no podia comprenderse como bastaba un solo hombre para tantas ocupaciones.

Estas no le impidieron sin embargo, el predicar la cuaresma en San Andres de los Arcos. Corrió todo Paris á sus sermones; siendo tan grande la concurrencia, que los Cardenales, Obispos y Príncipes tenían dificultad en encontrar sitio para oírle. Ya se ha hablado de sus máximas sobre la predicacion. No descuidaba la elocuencia, pero cuidaba mucho mas de la solidez de las materias. Incapaz de pensar en adquirirse fama, no trataba sino de la conversion de las almas; lleno de dulzura en toda otra parte, allí aparecia lleno de celo. Pero lo que hacia mas impresion en sus oyentes, era que nada decia, que no practicase él el primero, y la santidad de su vida correspondia tambien á la de sus discursos, que sus ejemplos arrastraban á todos los que sus sermones no habian hecho mas que conmovér. Libertinos, ateos, y hereges, todos cedían á los unos, ó á los otros, y sus luces unidas á su incomparable dulzura ganaban los corazones, al mismo tiempo que convencían los entendimientos. Los historiadores de su vida refieren muchos ejemplos de esto, nos contentaremos con referir uno solo.

Entre las personas que atraían á su casa su santidad y ciencia, habia un alemán del Palatinado llamado Felipe Jacob: habia sido ministro calvinista, y hacia poco

tiempo que se habia convertido á la fé católica. Era brusco, desaliñado, vano como todos los medio sabios, mal afirmado en la fé, é incierto todavía sobre si permanecería en la Iglesia, ó se volvería á la comunión, que habia dejado; estravagante, colérico, y sobre todo lleno aun de las prevenciones que tienen los calvinistas contra los Obispos, y contra el obispado. Acometió al santo Prelado con su acostumbrada grosería, y le preguntó, si los Apóstoles iban en coches dorados, como él lo habia visto hacia poco, y si era permitido emplear las rentas de la Iglesia en equipajes pomposos, como era el que le acompañaba.

Francisco le respondió con una educacion, de que seguramente no se habia hecho acreedor, que él no tenía coche, ni equipaje; que aunque quisiese tenerlo, no tendría medios para ello; que los ginebrinos, al usurpar los bienes de su Iglesia, habian tenido buen cuidado en que no le quedase con que hacer semejantes gastos; pero que sentia menos esta pérdida que la de sus almas; y que por lo que á él tocaba, les daría de muy buena voluntad lo poco que le quedaba con tal de ganarlos para Jesucristo; que los coches y equipaje que él habia visto no eran suyos, sino del Príncipe de Saboya, ó del Rey, que se los enviaba á menudo para honrar su caracter, ó al Cardenal á quien acompañaba; que quería absolutamente que se sirviese de ellos, y que él no habia creído que debiese reñir con un Príncipe tan grande por una cosa tan pequeña. En cuanto á los Apóstoles, añadió, han ido en coche cuando la ocasion lo ha exigido así; vemos un ejemplo de ello en la persona de San Felipe, que no tuvo dificultad en subir al carro del Eunuco de la Reina de Etiopia, y que sin duda ya lo habria visto así en las actas de los Apóstoles. Bien sabia yo, añade aun el santo Prelado, que es el mismo que cuenta esta conversacion, que este Felipe, de que yo hablo, no era el Apóstol, pero hay gentes que no

reparan las cosas tan de cerca, y por otra parte este Felipe era un hombre apostólico, y no es menos concluyente su ejemplo.

¿Pero la residencia, continuó Jacob, no es de derecho divino? y en tanto que vos estais en la Corte de Francia, ¿qué hace en la Saboya el pueblo de que vos deberiais tener cuidado? Francisco le contestó, que nadie estaba mas persuadido que él, de la necesidad de la residencia, pero que habia creído que el bien del Estado y los negocios particulares de su Diócesis, los que no podia terminar sino en la Corte, eran razones suficientes para dispensarle de ella por algun tiempo: que ademas de todo esto, él habia puesto todas las cosas en orden antes de su partida: que habia dejado su Diócesis bajo la direccion de un Obispo que lo entendia bien, y que estaba asegurado, de que no sufriria por su ausencia.

Jacob le preguntó en seguida, ¿por qué los Obispos, que se llaman sucesores de los Apóstoles, no hacian milagros como ellos; por qué si les habian sucedido en su autoridad, no les habian sucedido en este poder?

Esta cuestion, respondió Francisco, ha sido decidida por el mismo Apostol, cuando dice que los milagros son para los infieles, y no para los fieles. Estos eran necesarios para el establecimiento de la Iglesia, para persuadir á los pueblos, de que Dios era su autor; para obligarlos á entrar en ella, y para formar esta santa sociedad que debia suceder al pueblo judaico, y perpetuar el culto del verdadero Dios hasta el fin de los siglos; pero en el dia que está establecida esta sociedad, que se ha formado este nuevo pueblo, que se han destruido los ídolos, abolido la ley, y que la Iglesia está estendida por toda la tierra no son necesarios los milagros; y esta es la razon por la que son tan raros: pero yo no dudo, añadió, que si se presentase alguna ocasion en que la Iglesia tuviese necesidad de ellos, Dios los haria, sea por el ministerio de los Obispos, ó por el de

cualquiera otro que le placiese; porque el poder de obrar milagros, jamas ha sido esclusivo á solas las personas de los Apóstoles.

Ya se ha visto, que el caracter de Jacob era algo raro; por esto no habrá quien se sorprenda al saber que llevó la insolencia hasta decirle, levantando la mano: *¿si yo os diese un bofeton, pondriais la otra megilla para recibir otro, como lo manda el Evangelio? Yo no sé si lo haria*, respondió Francisco, *pero sé muy bien lo que debería hacer.*

No hay brutalidad que deje al fin de rendirse á una dulzura tan grande. Jacob quedó tan sorprendido y conmovido al mismo tiempo á vista de la moderacion del santo Prelado, que hablaba de ella con grande admiracion; pero añadia, que si hubiese sido tratado ásperamente, y si se le hubiese respondido en el mismo tono en que él habia hablado, se hubiera vuelto á su primera comunión; porque en fin, añade aun, la humildad y la dulzura son tan esenciales á la santidad, que si el Obispo de Ginebra no hubiese tenido estas dos cualidades, yo le hubiera mirado como un hipócrita, que se burlaba de todo el mundo.

En tanto, que pasaban estas cosas, se ajustó el casamiento del Príncipe del Piamonte con Cristina de Francia, y habiéndose casado por procurador, se pensó en ponerla casa. La Princesa, que profesaba á Francisco una estimacion y respeto que no podian ser mayores, le eligió para su limosnero mayor, con intencion de tenerlo á su lado, y ponerse bajo su direccion; pero esto fué justamente lo que hizo que no aceptase semejante cargo. Dió las gracias á la Princesa por el honor que queria dispensarle; la dijo que el cargo que le ofrecia, era incompatible con la residencia que debia hacer en su Diócesis: que Dios era testigo, de que el alma de S. A. R. no le era menos querida que la suya propia; pero que Dios le habia unido á la Iglesia de Ginebra, que esta

unión no era divisible, y que únicamente la muerte podía romperla. En fin, la Princesa continuó instándole, y él la dijo, que puesto que quería absolutamente que aceptase aquel cargo, lo haría, pero que la suplicaba que llevase á bien que fuese con dos condiciones: la una, que esto no le dispensaría de su residencia, la otra que cuando no estuviere en ejercicio de su cargo, no recibiría la renta que le estaba señalada. *Vos teneis unos escritos*, le dijo la Princesa, *que llegan demasiado lejos. Si yo quiero daros vuestro sueldo, aun cuando no sirvais, ¿qué mal hareis, en aceptarlo? Madama*, respondió el santo Prelado, *á mi me va muy bien con ser pobre, y temo las riquezas; estas han hecho perder á muchos y tal vez podrían ser causa de que yo tambien me perdiese.* La Princesa se vió obligada á consentir en estas dos condiciones; él aceptó el cargo de limosnero mayor, lo desempeñó en tanto que la Princesa del Piamonte estuvo en Francia, y en algunas otras ocasiones, pero siempre con las condiciones que habia propuesto. Despues que hubo aceptado este cargo, la Princesa, como para darle la investidura, le regaló un diamante de un gran valor: *con condicion*, le dijo, *que lo guardareis en prueba del afecto que me profesais. Yo os lo prometo, madama*, respondió el santo Prelado, *á menos que los pobres tengan necesidad de él. En este caso*, dijo la Princesa, que era una hija digna de Enrique el grande, *contentaos con empeñarle, y yo tendré cuidado de desempeñarle. Temería, madama*, respondió Francisco, *que esto sucediese con demasiada frecuencia, y que yo llegase á abusar al fin de vuestra bondad.* En efecto, era tal su ternura para con los pobres, que no podia negarles cosa alguna; y cuando no tenia dinero, se le ha visto darles hasta las piezas de plata de su capilla, y aun hasta sus propios vestidos.

Entretanto, á fuerza de frecuentar los hospitales, y de asistir todos los dias á los pobres acometidos de en-

fermedades contagiosas, cayó él mismo peligrosamente enfermo. En esta ocasion conoció lo mucho que se le quería. La fonda de Ancre, en donde estaba alojado, no se desocupaba de Cardenales, Obispos, Príncipes, gentes de cualidad, y pueblo, que iban á saber noticias de su salud, ó á visitarle, cuando estuvo en disposicion de recibir visitas. Curó al fin de esta enfermedad; y cuando estuvo en disposicion de ir á dar las gracias á SS. MM. por las visitas que habia recibido de su parte, se le avisó de que acababa de vacar una rica abadía, y que se sabia, que si quería pedírsela al Rey, tendría una satisfaccion en dársela. *Yo me guardaré muy bien de hacerlo*, respondió el santo Prelado: *¿y cómo la pediría, yo, que la rehusaría, si se me ofreciese sin pedirla?* añadió, que la renta de un Obispo tan pobre, como él era, bastaba para su manutencion, y que no quería mas.

La Corte de Francia partió para Fontaineblau, y Francisco, que no se separaba del Cardenal, se vió obligado á acompañarle. Un dia, como se pasease solo por un jardin, se le reunió el Cardenal de Retz, Obispo de Paris; le dijo al juntarse con él, que se alegraba mucho de encontrarle solo, y que hacia mucho tiempo que deseaba hablarle en particular; y sin darle tiempo para contestar le dijo él mismo: *vos veis el rango que ocupo en la Corte y en el Consejo, y habeis sido testigo varias veces de los negocios que me agobian; sin embargo, yo me encuentro gravado al mismo tiempo con el gobierno de una Diócesis tan grande, como la de Paris; esta me necesitaria todo entero, y yo no puedo darla sino una pequeña parte de mi tiempo, y muchas veces nada absolutamente. La cuenta, que de ella debo dar á Dios, me estremece; quisiera dejar tranquila mi conciencia sobre este particular: ¿qué me aconsejais vos?*

Puesto que me haceis el honor de consultarme, respondió Francisco, *no puedo ocultaros que teneis razon en escuchar los remordimientos de vuestra concien-*

cia sobre un punto tan importante; pero no teneis sino un medio de satisfacerla, que es el de renunciar el ministerio, ó el obispado. Yo he encontrado uno no obstante, respondió el Cardenal, y se lo he propuesto al Rey y ha merecido su aprobacion; este es el de haceros mi coadjutor: y sobre esto tengo la orden de ofreceros de su parte veinte mil libras de pension, (el obispado de Ginebra será para vuestro hermano el Obispo de Calcedonia), ofreciendoos ademas alcanzar uno y otro del Duque de Saboya, y del Papa; y satisfacer todos los gastos que sea preciso hacer para lograrlo. Yo uno mis ruegos á los de S. M., no me negueis esta gracia. Paris necesita un Obispo como vos, vos sois querido en él y apreciado, y hareis seguramente mas fruto, que podreis hacer jamas en vuestro obispado de Ginebra.

Yo no puedo agradecer bastantemente á S. M. y á vuestra Eminencia, respondió Francisco, el honor que querian dispensarme; pero jamas hubierais pensado vos en semejante cosa, si me hubieseis conocido mejor, y yo debo corresponder á vuestra amistad, descubriéndome á vos tal como soy: como yo no puedo ocultarme á mi mismo, que no soy capaz de gobernar solo mi obispado, me he visto obligado á pedir un coadjutor. ¿Cómo podria tener la temeridad de encargarme de una Diócesis tan grande, como la de Paris? Dios me quiere Obispo de Ginebra, él me ha dado esta Iglesia por esposa, nada hay que pueda obligarme á abandonarla por otra. Por otra parte, yo me vuelvo viejo, y me acerco al fin de mi carrera; el descanso me convendrá mas que el trabajo; y debo decirlos para abriros enteramente mi corazon, que si se me cree y puedo alcanzar permiso para hacerlo, estoy resuelto á renunciar mi obispado, y retirarme á una soledad para prepararme á comparecer delante de Dios. Bien lejos de retraerme de un designio tan bueno,

ayudadme á ejecutarlo; yo he vivido ya bastante para los otros, tiempo es de que no viva mas que para Dios, y de que me entregue enteramente á él.

Dijo estas últimas palabras de un modo tan tierno y afectuoso, que el Cardenal se conmovió al oirlas: Admiraba las diferentes impresiones opuestas que hacen en los corazones el espíritu de Dios, y el del mundo; como el primero nos oculta á nosotros mismos, y nos quita el conocimiento de las virtudes que ha puesto en nosotros para no dejarnos ver sino unos defectos que muchas veces no tenemos; en tanto que el espíritu del mundo siempre ciego, siempre engañador nos persuade, que tenemos cualidades que no poseemos en la realidad, nos oculta los defectos, y nos conduce á emprender unas cosas que son superiores á nuestras fuerzas, y en las que jamas nos comprometeriamos, si nos conociésemos mejor. Esta es la causa, decia el Obispo de Paris, por la que un Prelado tan santo, tan ilustrado y celoso, se cree indigno del obispado, mientras se ven temerarios que no poseen alguna de estas cualidades, que tienen otras enteramente distintas, y que se valen de todos los medios posibles para obtener esta dignidad. Despues de estas reflexiones, el Cardenal le hizo aun algunas instancias; pero halló siempre un Prelado firme, desengañado de las riquezas, grandeza y fortuna, é incapaz de variar de resolucion.

Algun tiempo despues, predicó delante de SS. MM. en la Iglesia del oratorio, y la vigilia de Navidad en los capuchinos en presencia de la Reina, siempre con el mismo fruto. En fin á principio del año de 1620, el Cardenal de Saboya y la Princesa del Piamonte partieron para Turin con el santo Prelado, que no les acompañó sino hasta Annecy.

A su llegada hizo tres acciones, que no podrán alabarse bastantemente. Durante su ausencia, habian ganado sus oficiales un pleito considerable en Chambery

contra varios caballeros de su Diócesis, á costa de grandes gastos, que su mayordomo quería exigir con todo rigor. El santo Prelado no fué de este parecer. *Yo no he consentido en este proceso, dijo, sino porque he creído que era justo, y que no se trataba en él de mis intereses particulares, sino de los derechos de mi Iglesia, que no me es permitido abandonar. En cuanto á las costas no las quiero. Dios me libre de prevalerme de semejantes ventajas, sea contra quien fuere, pero particularmente contra mis diocesanos, á los que debo tratar, como trata un buen padre á sus hijos.* El mayordomo quiso replicarle, y le dijo, que estos gastos ascendían á una gruesa suma, y que necesitaba de ella para reintegrarse de lo que habia gastado en la prosecucion de este pleito. *¿Y contais por una pequeña ganancia, replicó el santo Prelado, el volver á ganar unos corazones, que tal vez ha hecho este pleito mis enemigos? Para mí esto es mas que todo.* En aquel mismo instante envió á buscar á aquellos caballeros, que no quedaron poco sorprendidos, cuando vieron, que se les volvía un dinero que ni siquiera habian pensado en pedir. El que conozca el precio de los corazones, jamas creará comprarlos demasiado caros. Para enemigos sobra con uno: en cuanto á amigos, jamas se pueden tener bastantes; esta era una de las máximas de Francisco; así es, que jamas hubo hombre que fuese mas sinceramente amado. Esto se vió bien en su muerte; toda su Diócesis se puso luto, y le lloró largo tiempo sin poderse consolar, aunque pareciese que revivia en la persona de su hermano.

Esta accion fué seguida de otra no menos generosa. Ha podido verse en el quinto libro de esta historia, que uno de los derechos del Obispo de Ginebra, era el de heredar de ciertas familias, cuando algunos casados morían sin hijos. Sucedió un caso de estos por entonces. Un hombre rico, al cual debia heredar el santo Prelado,

murió sin dejar otros herederos, que colaterales. Estos fueron al momento á Annecy para tratar de la herencia con el mayordomo del Obispo de Ginebra: este llevaba sus pretensiones muy altas, como que estaba bien informado, de que el hombre de que se trataba, habia dejado muchos bienes. Los herederos sostenian lo contrario: así es, que una y otra parte estaban muy distantes entre si: el santo Prelado lo supo, y les hizo decir, que se dirijesen á él. Ellos lo hicieron; Francisco les dijo, que le dijiesen en conciencia, á cuanto podia ascender aquella herencia: ellos tuvieron lá desvergüenza de decirle, que podia valer veinte escudos de oro: *Pues bien, les dijo Francisco, dadmelos y ved aqui vuestro descargo.* De esta suerte adquirieron por medio de una mentira una rica sucesion, por una suma muy pequeña.

Jamas ha habido sorpresa igual á la del mayordomo, cuando supo por ellos mismos, que habian salido de este negocio á tan poca costa. No dejó de hacérsela presente al santo Prelado con aquel celo, que llegaba, como se ha dicho, hasta el estremo de reconvenirle. *¿Qué quereis?* le dijo el santo Prelado, *si yo no hubiese tenido una limosna que hacer, á la cual no sabia como atender, aun hubiera sido peor, porque nada les hubiera pedido.* Este derecho de su Iglesia estaba á su cuidado, y jamas lo exijia con rigor; sin embargo creyó no deber ó no poder desprenderse de él.

En el último viaje que habia hecho á Paris con el Cardenal de Saboya, habia ahorrado año y medio de su renta. Cuando se la presentaron: *no la he ganado,* dijo, y no quiso aprovecharse de ella; pero necesitando plata su catedral mandó hacer seis candeleros, y una lámpara de plata, y se lo regaló todo.

Estos tres ejemplos demuestran, que cuando se tiene el corazon grande como le tenía el santo Prelado, se puede ser liberal sin ser rico. Jamas hubo hombre con mas aficion á dar y con menos inclinacion á recibir que

él, y está era una de sus máximas. *Si tenéis mucho, dad mucho; si tenéis poco: dad poco cuando uno se ve reducido á pedir, debe creerse que tiene grande necesidad: el negarle lo que pide, ó el encarcelar demasiado lo que por él se hace, es ultrajarle.* Esto es lo que evitaba con mucho cuidado; y daba muchas veces, sin que casi se notase lo que daba.

La muerte de Paulo V que acaeció por este mismo tiempo, dió lugar á la eleccion del Cardenal Ludovico, que tomó el nombre de Gregorio XV. En el primer año de su pontificado remitió un Breve al santo Prelado, por el que le daba la comision de presidir en su nombre el capitulo general de los Fuldenses, que debia celebrarse en Pignerol. Partió al momento, no permitiéndole el respeto, que tenia á la santa Sede, la menor dilacion quando se trataba de ejecutar sus órdenes. La division se habia introducido en esta santa Orden, tan unida hasta entonces, y aunque no hubiese alterado aun la exacta disciplina que se profesaba, habia motivo de temer que al fin llegase á hacerlo. Divididos los ánimos, no podian convenirse sobre la eleccion de un gefe: todos temian un cisma, y todos parecian dispuestos á precipitarse en él.

Francisco dió pruebas en esta ocasion de una prudencia consumada, y de aquel arte admirable de dirigir los espiritus, que poseia en grado superior: todo cedió á sus razones, todo se dejó vencer por su incomparable dulzura, y con la eleccion unánime de un General, volvió la calma á esta santa Orden, y con la calma restableció el buen orden.

Todos los votos se reunieron en favor del padre Juan de San Francisco. Este era un hombre de una eminente piedad, y de un saber consumado; además de las lenguas vivas, sabia á fondo la latina y la griega, las antiguas lenguas orientales, la hebrea, árabe, caldea, y siríaca. Sin embargo, esta gran sabiduría que le ponía

en estado de dar á luz tantas obras sabias, no impidió que escribiese la vida del santo Prelado, y es uno de los primeros que la han publicado en frances.

Habiendo terminado el santo Prelado todos los negocios que le habian obligado á ir á Pignerol, partió de alli para ir á Turin á saludar á SS. AA. RR. Fué recibido con toda la distincion debida á su mérito y virtud. No creia hacer sino un viaje de mera cortesía, y Dios le condujo alli para justificar á una persona desgraciada y de distincion, á quien el Duque de Saboya acababa de desterrar.

Un señor de la Corte, cuyo favor temia todo el mundo, habia sorprendido el ánimo del Duque, y la calumnia se habia dirigido con tanto artificio, que se le habian cerrado en el destierro todos los caminos para justificarse; nadie se atrevia á tomar partido por él, y las personas mas virtuosas temian comprometerse con el calumniador.

Francisco creyó, que era indigno de su caracter usar de estos miramientos. Hizose instruir del negocio, fué á ver al Duque, y le habló tan fuertemente en favor del acusado, que le hizo conocer su inocencia, y lo volvió á admitir en su gracia.

Esta accion fué muy alabada, y en efecto tiene algo de grande, y muy digno de la magnanimidad que es tan esencial á los Obispos. Sus amigos no dejaron de alarmarse, y de decirle que conocian el genio arrebatado y vengativo del señor, á cuyas espensas habia justificado él al inocente; que todo tenia que temer de su resentimiento, y que haria muy bien en vivir prevenido. *Todo el mundo me dice lo mismo,* respondió el santo Prelado, *pero mi vida está en las manos de Dios: despues de todo yo no he hecho sino mi deber; porque en fin, ¿quién hablará en favor de las personas inocentes y oprimidas, sino lo hacen los Obispos?*

Los temores de los amigos de Francisco no eran va-

nos; el calumniador se creyó perdido en el concepto del Príncipe, y creyó tambien que nada tenia ya que esperar. Buscóle algunos dias sin encontrarle. En fin supo que decia misa en una Iglesia de la ciudad, y se fué á ella, resuelto á matarle cuando saliese. En el mismo momento le mudó Dios el corazon, y se conmovió de tal suerte á vista de la Magestad y devocion que se notaba en él, cuando celebraba este santo sacrificio, que desistió de su mala intencion; hizo decirle por un amigo suyo al santo, que queria tener parte en su amistad, y le hizo asegurar que toda su vida le tendria la veneracion debida á su mérito y á su virtud.

Estando próximo el santo Prelado á partir, fué á despedirse de la Princesa del Piamonte. Como esta señora no le vió el diamante que le habia regalado, le preguntó, que habia hecho de él. *Madama*, la respondió Francisco, *fácil os es adivinarlo. Probablemente,* respondió la Princesa, *no era bastante hermoso; quiero daros otro de mayor precio; pero no hagais de él lo mismo que de el otro; madama*, replicó el santo Prelado, sonriéndose; *yo no os respondo de eso; no soy á propósito para guardar cosas preciosas.* No dejó por eso esta señora de dárselo, y Francisco partió algunos dias despues. Cuando estaba en camino creyeron sus gentes, que lo habian perdido, y se lo dijeron muy asustados. *No es mas que esto*, respondió el santo Prelado, *vosotros os afligis por bien poca cosa: si un pobre lo hubiese encontrado, el mal no seria tan grande.* Al poco tiempo se encontró el diamante, y sus gentes manifestaron tanta alegría, como afliccion cuando la pérdida: *guardadlo mejor*, les dijo el santo, *nuestros pobres podrán tener necesidad de él.*

Este fué el uso que hizo de él: cuando necesitaba dinero para las limosnas, jamas dejaba de empeñarlo. Esto fué lo que un caballero de Annecy dijo á la misma Princesa que se lo habia regalado; porque como se ofreciese

hablar de aquel diamante: *yo le he visto*, dijo el caballero, *no es del Obispo de Ginebra, es de todos los mendigos de Annecy.*

El santo Prelado á su vuelta no trató sino de prepararse á la muerte; habia tenido presentimientos, y conocia que se iba debilitando de dia en dia. No es porque tuviese mucha edad; pero sus grandes trabajos, y continuas mortificaciones habian alterado la bondad de su temperamento. Sin embargo, antes de contar esta muerte tan preciosa delante de Dios, y tan digna de una vida tan santa, se ha creido que no podia menos de hablarse de la fundacion del santo Orden de la Visitacion: esta es su obra maestra; una prueba siempre permanente de su prudencia, de sus luces é incomparable dulzura, y de su eminente piedad, y si se ha diferido hasta ahora el hablar de ello, no ha sido otro el motivo, que el contarle todo seguido y sin interrupcion.